ra intacta en la ciudad de México una "conducta" de cuantioso numerario procedente del interior de la República y perteneciente a comerciantes y particulares. Y esto, en los momentos mismos en que el gobierno de Comonfort substraía dinero de las cajas del Nacional Monte de Piedad.

La situación militar prevaleció con ligeras variantes hasta el 14, dia en que hicieron su entrada a caballo en la zona de los pronunciados, los incorregibles rebeldes Luis G. de Osollo y Miguel Miramón, a quienes habíamos dejado pendientes de reaparecer, al primero disfrutando de libertad por la benevolencia de Comonfort y al segundo como prófugo de la Cárcel de la Acordada.

Con elementos tan populares y de tanto prestigio militar, el pronunciamiento adquirió más impulso, especialmente desde el 15 de enero, en que el general Zuloaga asumió el mando de armas, nombró a Osollo su mayor general o jefe de estado mayor y a Miramón lo puso al frente de una columna de tropas.

Por gestiones de no importa quién, se concertó un armisticio de cuarenta y ocho horas, que comenzó a contarse desde las 7 de la noche del 16 de enero.

o
o o

El general José María Blancarte o Gonzalez Zapata, a quien dejamos procesado en México por haberlo enviado preso de Guadalajara el gobernador de Jalisco Anastasio Parrodi, acudió también a secundar el pronunciamiento contra Comonfort, presentándose el 19 de enero a Zuloaga a ofrecerle sus servicios; fueron aceptados, y desde entonces, hasta su trágica muerte, no cesó de prestarlos en defensa del bando conservador, según veremos.

Como si hubiese sido una señal convenida de antemano entre los contendientes, un cañonazo disparado en el campo rebelde a las

se Gral. Miguel Pérez, encargado de la Ciudadela, Veracruz, le dió las fuerzas que recibió a Osollo y Miramón, según su propio dicho. Periódico Oficial de G. VII. 1858. 15 plum.

6 de la mañana del mismo dia 19 conmovió a los despiertos y despertó a los dormidos.

Aquello no pasó de ruido y de ir y venir de tropas; pero el 20, antes del mediodía, cayeron en poder de Osollo y Miramón, fácilmente, significativamente: la Cárcel de la Acordada, el convento de Corpus Cristi (Avenida Juárez), el Hospicio de San Hipólito, el monasterio de San Juan de Dios y la iglesia de la Santa Veracruz; y si no hubiese sido porque no querían ir muy de prisa los pronunciados, habrían quedado dueños del convento de San Francisco, el cual abandonaron las tropas gobiernistas replegándose hacia la Plaza de Armas (la de la Constitución), al escuchar las dianas y los repiques.

La situación se perdía por momentos; y sin embargo, el Presidente Comonfort, que ya no representaba una comedia como en diciembre, sino que deveras intentaba defender la plaza, ordenó a su fidelísimo subordinado el general Rangel que retirara las piezas de artillería que aún estaban en los puestos de Santa Isabel y Rebeldes (1/a. de Nuevo México) y que levantara trincheras en las calles de Santa Clara (4a. de Tacuba), (Profesa (avenidas Madero e Isabel la Católica) y Coliseo Viejo (avenida del 16 de Septiembre).

Dejando en esta última línea al general Angel Trías, el Presidente se retiró a Palacio a las 8 de la noche, y momentos después le dió parte uno de sus ayudantes de que los defensores del convento de San Francisco habían desaparecido y de que el general Trías iba con las tropas de su mando rumbo a San Lázaro, dispuesto a no seguir defendiendo una situación que ya estaba perdida.

Queriendo el Presidente Comonfort cerciorarse de la defección de sus tropas, hizo un recorrido desde las 3 hasta las 6 de la mañana del 21 y volvió a Palacio en compañía del diputado Miguel

Blanco, quien con algunos hombres guardaba el puesto que se le había designado en la esquina de las calles de San Pablo y Jesús María.

Era su propósito presentar una última resistencia en Palacio; pero desistió en vista de la opinión del general Rangel, de que sería inútil el sacrificio. Entonces optó por abandonar la situación en manos de los pronunciados, para cuyo fin se lo mandó avisar a Zuloaga por conducto de la persona más inmediata, o sea el general José de la Parra, el que contestó que podía retirarse adonde quisiera, llevando la escolta necesaria para su seguridad personal.

Dócil a la fuerza de la lógica, llegó el momento de cumplirse aquel pronóstico de Manuel Siliceo, ya citado en otro capítulo, relativo a que Comonfort saltaría las trancas, tomaría una diligencia y se marcharía al extranjero por ya no poderse sostener en el puesto de gobernante; y ese momento llegó a las 7 de la mañana del 21 enero de 1858, al cabo de una noche de agitado desvelo.

¡Qué minuto tan lleno de crueles enseñanzas para quien había descendido poco a poco de la cumbre del mando a la sima de la sumisión!

o
o o

Emprendió el camino del exilio por las calles de la Moneda y garita de San Lázaro, recogiendo a su paso a las tropas que quisieron seguirlo y observando que otras contramarchaban hacia la capital, como las del 5° cuerpo de caballería y de Lanceros de Oaxaca, que lo hicieron al grito de ¡Viva la Religión!

Todavía en Ayotla, Méx., se le reunieron 500 hombres con dos piezas de artillería y un carro de municiones, que lo acompañaron hasta Perote, Ver., donde los dejó a disposición del gobernador del Estado

Un grupo de adictos al jefe o al amigo caído lo acompañó hasta donde fué necesario acompañarlo en su odisea de expatriación. Formaban el grupo los generales Nicolás de la Portilla, José García Conde, Agustín Alcérreca, Demetrio Chavero y Jesús Díaz, a todos los cuales puso Comonfort a disposición del gobierno constitucional después de despedirse de ellos.

Dicho gobierno era el que encabezaba el Presidente Interino Benito Juárez, gobierno de que trataremos después de tratar de la serie de gobernantes inconstitucionales que tuvo su centro de acción en la capital de la República.

Dias después, el 22 de febrero de 1858, el señor Comonfort dió en Jalapa un manifiesto que no les ofreceremos ni en extracto a nuestros lectores, porque sólo contiene disculpas y explicaciones vanas, referentes a su actuación en el último período de gobierno. En la ciudad de Nueva York, donde fijó su residencia por algún tiempo, también escribió sobre su vida pública; pero nada de lo que dijo en tales ocasiones ha satisfecho a los críticos que lo han juzgado históricamente.

Lo dijo Justino Manuel Liceo a su hijo Dolinda, en carta de 24.XI.1855

Para nuestro modo de ver, la mejor explicación de sus errores de mandatario es que fué capaz de crear y no de solucionar el programa complexo de invertir un régimen gubernamental de profundas y robustas raíces.

Antójasenos Comonfort muy parecido a Luis XVI de Francia, que tenía muchas virtudes personales y le faltaban firmeza y resolución para enfrentarse con problemas de fondo.

Que Comonfort abundaba en prendas personales lo han dicho muchos de sus contemporáneos y amigos, y que tales prendas deben haber sido intensas, lo demuestra el hecho de que las plasmó en sus hijas Adela y Clara, quienes fueron de sentimientos nobles, conmovedoramente tiernas en la intimidad y muy bien queridas de sus a-